

→ VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

lomo, Contreras, Ortiz, Vilaseca, los Hermanos César y Benítez Casaux o los catalanes Gaspar, Torrents, Puig Ferrán, Campañá) y otros que, aunque ni siquiera llegaron a dejar su nombre a la posteridad, dejaron sus fotografías para testimoniar una época.

El fotógrafo Paco Elvira y el escritor Isaac Rosa, autores de la selección y los textos de este volumen, coinciden en afirmar que la segunda república española fue un periodo de tiempo que comenzó con una convulsión —la caída de la monarquía— y terminó en un terremoto: el estallido de una guerra civil. En medio de estos dos acontecimientos transcurría una historia jalonada de hitos terribles (quemadas de iglesias, asesinatos políticos, huelgas, enfrentamientos) y de sucesos cotidianos (trabajos, fiestas populares, carnavales, concursos de mises, deportes y espectáculos). Todo ello fue captado por las cámaras de unos profesionales que nunca persiguieron la inmortalidad sino únicamente cumplir con la tarea de retratar lo que ocurría a su alrededor para darlo a conocer a los lectores de los diarios y de las incipientes revistas gráficas que, gracias al levantamiento de la censura, conocieron una primera época dorada: *Blanco y Negro*, *Mundo Gráfico*, *Crónica*, *Estampa* y las catalanas *Imatges* o *L'Art de la Llum*.

Durante la República, en Madrid y Barcelona se desarrolló una actividad fotoperiodística cuya técnica y oportunidad asom-



Proclamación de la Segunda República. Madrid 14 de abril de 1931. // Autor desconocido / L'illustration / Contacto

bran aún hoy, contempladas sus obras a la distancia de los 80 años transcurridos. No es difícil imaginar a unos hombres (no se conoce el nombre de ninguna mujer, aunque es posible que hubiera al-

guna fotografía entre los testimonios de autor desconocido que han llegado hasta nosotros) cargados con sus voluminosas máquinas de placas de cristal y los grandes trípodes sobre los que ha-

bía que sustentarse, moviéndose pesadamente por unas calles plagadas de acontecimientos. La llegada de las cámaras ligeras Contax y Ermanox y sobre todo las Leica, facilitaron más tarde el desplazamiento de los fotógrafos, que pudieron moverse con agilidad para inmortalizar lo que se desarrollaba delante de sus ojos. Así fue como Alfonso y Santos Yúbero fotografiaron los enfrentamientos durante la sublevación del general Sanjurjo y los catalanes Josep Badosa y Centelles pudieron moverse por una Barcelona convulsa en 1932.

Por las páginas de este libro desfilan algunos de los momentos de la historia, inmortalizados por los objetivos de fotógrafos heroicos. Los sucesos de Casas Viejas de 1933, la huelga general de Asturias de 1934 y la de los campesinos de Castilblanco inmortalizada por Díaz Casariego para las páginas de *Crónica*. La imagen del zeppelin sobre la ciudad de Barcelona fotografiado por Brangulí en 1932 y la quema de libros en La Rioja ese mismo año. La de los políticos catalanes

inmortalizados por Alfonso tras las rejas de la cárcel, y el regreso de Lluís Companys del penal gaditano de Santa María, captado por la cámara de Centelles. La victoria del Frente Popular en las elecciones de 1936 en las imágenes de Alfonso. Las instantáneas de la primera vuelta ciclista a España, en 1935, y las de los primeros desfiles de jóvenes modelos en traje de baño, custodiadas por la guardia civil. El autogiro de Juan de la Cierva, los enanos del Circo Price, los primeros accidentes de automóvil, los niños de la inclusa, la vendimia y la siega... alternan con las imágenes de la proclamación de la república por Lluís Companys

desde el balcón del ayuntamiento de Barcelona, el entierro de Francesc Macià en 1933, los sucesos de octubre de 1934 en Madrid y Oviedo. Y, también, fotos poco conocidas de personajes populares: Valle Inclán, Dolores Ibárruri, José Antonio Primo de Rivera, García Lorca, Manuel Azaña.

fpastoriza@wanadoo.es

(*) *Profesor de Información cultural de la Universidad Complutense de Madrid*

José Luis García Martín

El diario literario es, en la escritura española, un género reciente. Data de los años ochenta. **Valentí Puig** se encuentra entre los más tempranos cultivadores. De 1982 es su primera entrega, aparecida ese año en catalán e inmediatamente traducida al castellano en una editorial ligada a uno de los grandes cultivadores del género, **Andrés Trapiello**. Abarcaba ese diario la década anterior. La distancia entre escritura y publicación se iría alejando hasta llegar a **Ratas en el jardín**, notas correspondientes a 1985 que se publican más de un cuarto de siglo después.

Ese hecho no resulta indiferente a la hora de valorar el volumen. Un diario se escribe siempre en dos tiempos. Uno es el día a día de la anotación primera, redactada sin tener en cuenta la anterior ni, por supuesto, la siguiente, y otro el momento de la corrección y puesta en limpio con vistas a una inmediata o futura publicación. La autoría de un diario es siempre doble y tan importante es el escritor primero como el editor de después. En el caso de los diarios póstumos (los únicos existentes, con raras excepciones, hasta el siglo XX) se trata de dos personas distintas. La segunda puede cambiar para la misma obra y por eso hay tantas versiones del diario de Amiel, por citar uno de los ejemplos más conocidos.

No resulta indiferente que el

Aquellos años ochenta

La libertad del novelista, género de ficción, no la tiene el diarista, que hace literatura con la historia de su vida

editor de un diario (en la acepción que damos aquí al término) sea el mismo autor u otra persona distinta. El propio autor tiene mayor libertad. No suele considerar sus notas como un intocable documento histórico y por eso corta pasajes que han perdido interés o corrige las frases de deficiente sintaxis por el apresuramiento de la primera redacción.

Ratas en el jardín lo leeríamos de una manera distinta si hubiera sido publicado en fechas próximas a la escritura y ahora se reeditara. Paradójicamente aún siendo el mismo texto tendría un valor diferente. Un valor mayor, creo yo. Y es que un diario, aunque sea excelente, no es solo literatura. Nada de lo que digamos de un personaje de novela puede ser desmentido desde fuera de la obra. Ana Ozores es rubia o morena, guapa o fea, según nos lo indique el narrador de **La Regenta**. Un diarista puede engañarse y, lo que es peor, engañarnos deliberadamente. La libertad del novelista, género de ficción, no la tiene el diarista, que hace literatura con la historia de su vida.

Una de las anotaciones de **Ratas en el jardín** dice así: "Noche de bares en Madrid. Veo a R.C., el crítico literario que ha demostrado que se puede escribir con los pies. Su motor espiritual debe de ser el resentimiento. Huele a vinazo, y ha escrito un libro blanchotiano que ha conseguido editar gracias al chantaje. Conspirador de premios y jurados, no distingue entre Tácito y Tucídides. Pasó de la falange al comunismo. También habría encajado bien en el proceso inverso. Cita libros como quien lee un horario de trenes".

Este desahogo, escrito probablemente tras una reseña poco amable sobre un libro de Puig, publicada en vida de **Rafael Conte**, le habría permitido defenderse (e incluso contar su versión de la "noche de bares"). Mantenerlo tantos años después dice poco de la categoría moral del autor (un concepto que en los diarios tiene su importancia).

También a **Sartre** se le "ejecuta" en unas pocas líneas (se le reduce a ser un "mentor de terroristas"), pero eso importa menos, porque Sartre tiene obviamente una di-



Ratas en el jardín

VALENTÍ PUIG
Libros del Asteroide. 176 págs.

mención muy distinta de la de Rafael Conte.

Valentí Puig hace literatura, y excelente literatura, en muchas de las páginas de **Ratas en el jardín**. Satiriza con inteligencia los modos de la burguesía mallorquina de los años ochenta y se presenta a sí mismo como un burgués que sabe gozar de la vida, como un solterón que no desdeña precisamente los buenos vinos ni los buenos burde-

les. También nos da, acá y allá, sus opiniones políticas, a contrapelo del progresismo de la época (es un gran defensor de **Ronald Reagan**, por ejemplo).

Un diarista es siempre un autorretrato y tiene mucho de conversación con el autor. El Puig del 2011 se muestra demasiado benévolo con el que fue en 1985. Le perdona cualquier obviedad o vaguedad: "La vida intelectual es acto de soledad y pocas veces un acto solidario"; "¿Por qué perdemos tanto tiempo hablando —mal— de los demás?" (Pues porque es uno de los temas de conversación que más entretiene, se le podría contestar, "He aquí un tiempo con una disposición expansiva para enaltecer la traición").

A Rafael Conte le presenta como "conspirador de premios y jurados", pero él para presentarse a un premio quiere que el editor que lo convoca le dé "la absoluta seguridad de que va a ganarlo".

Los diaristas, como las fotografías, ganan con el tiempo (sobre todo las fotografías que no pretenden ser artísticas y los diarios que no aspiran a ser gran literatura). **Ratas en el jardín** está lleno de pequeños detalles que nos remiten a otra época. Por eso se lee con gusto, aunque el Valentí Puig que pasa de los sesenta años haya sido tan benévolo con las ocurrencias y naderías del Valentí Puig que se encontraba en la treintena. Quizá es que no se diferencian demasiado.